

Los samaritanos creen

***Versículo Clave: “Y muchos de los samaritanos de esa ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que había dicho: ‘Me contó todo lo que había hecho’”
— Juan 4:39***

***Escritura Seleccionadas:
Juan 4:25-42***

Cuando terminó el cautiverio de los habitantes de Judá que fueron exiliados a Babilonia durante setenta años, Ciro, rey de Persia, emitió un decreto que los liberó de la servidumbre para que pudieran participar en la reconstrucción de su templo en Jerusalén. (Esdras 1:1-4). Después de que varios judíos regresaran a su tierra natal con este propósito, se encontraron con la oposición de los samaritanos, un grupo de personas de ascendencia mixta que creían que el monte Gerizim era el lugar apropiado para adorar a Dios. (Deut. 27:11,12; Esdras 4:4-24; Juan 4:1-7,19,20).

Durante su ministerio terrenal, después de regresar de la Pascua en Jerusalén, Jesús partió hacia Galilea. Al viajar por Samaria, se detuvo en el pozo de Jacob para descansar de su viaje. (Juan 2:23; 4:1-6). Posteriormente, se relata: “Viene una mujer de Samaria a sacar agua: Jesús le dijo: ‘Dame de beber’. (Porque sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar carne). Entonces, la mujer de Samaria le dijo: ‘¿Cómo es que tú,

siendo judío, me pides de beber, que soy mujer de Samaria? Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos'. Jesús respondió y le dijo: 'Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice 'dame de beber', serías tú la que me pedirías de beber, y yo te daría agua viva'". (Vv. 7-10).

Después de un largo intercambio, Jesús le explicó a la mujer que él podía ofrecer el agua de la vida y que los que participaran nunca volverían a tener sed. Además, nuestro Señor le reveló ciertos detalles sobre su vida personal que solo podrían ser posibles si él fuera enviado por Dios. Al darse cuenta de que era un profeta, la mujer preguntó dónde debía realizarse la adoración adecuada a Dios. Jesús respondió que pronto llegaría el momento en que la verdadera adoración de Dios no se realizaría en un lugar físico, como el monte Gerizim o incluso Jerusalén. (Vv. 11-21).

Además, el Señor le reveló a la mujer samaritana esta importante verdad: "La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre busca a los que lo adoran. Dios es Espíritu, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad". Así quedó de manifiesto el hecho de que el Padre Celestial ya no se revelaría a través de la formalidad del judaísmo ni a través de la religión samaritana. Más bien, vendría a través del poder del Espíritu Santo de Dios a aquellos con corazones sinceros que lo buscaran diligentemente. Cuando la mujer se sintió impulsada a reconocer su creencia de que, cuando el Mesías viniera, él enseñaría todas estas cosas, el Maestro se reveló a sí mismo, al

decir: “El Mesías soy yo, el mismo que está hablando contigo”. (Vv. 23-26).

Nuestro versículo clave revela que muchos de los samaritanos en esa área creyeron en Jesús como resultado de su encuentro con la mujer y sus enseñanzas a las personas a su paso. Aunque el ministerio terrenal de nuestro Señor terminó hace casi dos mil años, dejó una comisión para que sus verdaderos seguidores proclamen las buenas nuevas del reino venidero de Dios a todos los que puedan escuchar. Si somos fieles en el ejercicio de este privilegio, podemos albergar la esperanza de llegar a ser parte de la simiente espiritual de Abraham que ayudará a bendecir a toda la humanidad cuando termine la cansada noche del pecado en la tierra. (Sal. 30:5; Gal. 3:27-29).